

EL RESENTIMIENTO: Un veneno letal para la vida individual y social

CARLOS DANIEL LASA

En el momento en que el Director de la Revista *Gladius*, el Dr. Rafael Breide Obeid, me pidió escribir un artículo sobre el resentimiento, de modo inmediato pensé en *Tántalo*. Esta gran obra del filósofo cordobés de la Nueva Andalucía (como le gustaba designar a su querida Córdoba), pertenece al maestro y amigo Alberto Caturelli.

Recuerdo muchas conversaciones que he tenido la gracia de mantener con el Dr. Caturelli en su casa de Arturo M. Bas. En una, especialmente, le expresé que su obra *Tántalo. De lo negativo en el hombre*¹ era, según mi humilde juicio, uno de sus mejores escritos.

Considero que se trata de una meditación de una inusitada profundidad especulativa. Barrunto que fue producto de una experiencia muy dolorosa, capaz de entenderse solo a la luz del misterio del mal. El propio Caturelli lo confiesa: “En 1960, sentí el deseo, al modo unamuniano, de ‘hundir el bisturí hasta lo más hondo’ ya que ‘si el filosofar y la concreta persona del filósofo son una identidad’, separarlos –además de imposible– sería la inautenticidad esencial. El problema del mal exigía, pues, ‘meditar y escribir (sobre) aquello que nos remueve las carnes’, ‘viviendo intensamente la experiencia’. Por eso elegí el mito de Tántalo que padece de sed inextinguible y mostrar la paradoja del hombre ‘peligrosamente suspendido entre el abismo luminoso del Ser infinito y el abismo oscuro de la tiniebla’².”

1. ALBERTO CATURELLI. *Tántalo. De lo negativo en el hombre*. Córdoba, Ediciones Assandri, 1960.

2. *La historia interior*. Bs. As., Gladius, 2004, p. 81.

Esta experiencia del mal se remonta al año 1952. En ese momento, refiere Caturelli, "... comenzó también una ardua y dolorosa prueba cuyos detalles callaré para siempre... Muchos años fui acosado y herido, espiritualmente torturado por personas a quienes debía estar agradecido y a quienes deseaba amar profundamente"³.

Recuerdo, también, que me manifestó que reeditaría la obra y que no le pondría como título *Tántalo*. Michele Federico Sciacca, me refirió, le había señalado en una oportunidad que la denominación no era muy feliz. Le respondí que me permitía discrepar con Sciacca ya que consideraba que *Tántalo* era muy bello y ajustado, teniendo en cuenta la temática abordada en la obra. La historia demuestra que la opinión de Sciacca se impuso en su ánimo porque volvió a publicarlo bajo el epígrafe de *El abismo del mal*⁴.

Considero que *Tántalo* es de fundamental importancia en relación al tema que nos ocupa, sobre todo el punto III titulado "Filosofía del resentimiento". Este es una transcripción del artículo que fuera publicado, un año antes, bajo el mismo título, en *Sapientia*⁵.

Respecto de la cuestión del resentimiento no podemos soslayar la obra del filósofo alemán Max Scheller titulada *El resentimiento en la moral*, publicada en el año 1927.

En el artículo publicado por Caturelli en *Sapientia*, en el año 1959, refiere la obra de Scheller, aunque a su juicio, si bien ha considerado la cuestión a fondo, "... ha dejado a oscuras aquellas motivaciones metafísicas, fundamento del acto psicológico y moral del resentimiento"⁶.

Ciertamente, Caturelli sabe que el método fenomenológico de Scheller no lo deja adentrarse en la segunda navegación, tan necesaria para entender los fundamentos últimos de la realidad.

3. *Ibidem*, pp. 71-72.

4. Bs. As., Gladius, 2007. Este nuevo escrito, advierte el mismo Caturelli, constituye lo esencial de su libro *Tántalo*, aunque "muy corregido, reducido, casi reescrito...", p. 10.

5. ALBERTO CATURELLI. "Filosofía del resentimiento". En *Sapientia*, Año XIV, 1959, número 54, pp. 247-268.

6. *Ibidem*, p. 248.

1. EL VOCABLO

Max Scheller utiliza la palabra francesa *ressentiment* porque, afirma, no tiene equivalente en alemán⁷. *Ressentiment*, en francés, significa “recuerdo que uno guarda de un mal, de una injusticia, de una injuria padecida, junto al deseo de vengarse”⁸.

Scheller señala que en la definición se advierten dos aspectos: por un lado, una determinada reacción emocional frente a otro, la cual se actualiza permanentemente, ocupando el centro de la personalidad. Por el otro, un volver a vivir la emoción misma, un volver a sentir, un re-sentir⁹.

Caturelli advierte que el resentimiento no permanece a nivel de la emoción, sino que penetra en la totalidad del ser que es sujeto de esa emoción: captura al hombre entero. Por eso, como bien lo refiere, “... no sería propio decir que tal hombre ‘está’ resentido o, mejor aún, que ‘tiene’ cierto resentimiento, sino que tal hombre es resentido”¹⁰.

2. LA VENGANZA INSATISFECHA

El resentido mantiene siempre vivo el episodio de la injuria, a la cual vuelve a actualizar mediante el recuerdo y frente a la cual mantiene el deseo de venganza. “Re-sentirse es pues, a la vez que un sentimiento negativo, un recuerdo de lo mismo y una sed que no se apaga”¹¹. De allí que cada resentido se identifique con Tántalo.

El resentido, señala Caturelli, a diferencia del hipócrita que deliberadamente muestra lo que no es, se muestra de modo involuntario. El resentido social, frente a un hombre rico, no podrá dejar de reprobalo severamente y de un modo despectivo. La furia lo domina y, por eso, la manifestará con claridad. El resentido, señala el filósofo cordobés, no puede dejar de manifestar lo que muestra (el no-poder-menos-que).

Ahora bien, el objeto de resentimiento, esa injuria que exige ser vengada, se renueva una y otra vez en su alma. Es el caso del resen-

7. MAX SELLER. *El resentimiento en la moral*. Bs. As., Espasa-Calpe, Argentina, 1944, p. 10.

8. *Dictionnaire du français contemporain*. París, Librairie Larousse, p. 1008.

9. Cfr. *Op. cit.*, p. 10.

10. ALBERTO CATURELLI. *Art. cit.*, p. 247.

11. *Ibidem*, p. 249.

tido social. Para este, el bienestar del otro es culpa de su ausencia de bienestar. El otro tiene la culpa de su desventura porque le ha robado aquello que le hubiera brindado prosperidad.

Ese bienestar, fundado en la cultura o en la honestidad, no le pertenece. De allí que el resentido sienta y vuelva a sentir esa realidad robada como una profunda y permanente ofensa que exige ser reparada. Por eso, dirá: “es preciso terminar con hombres de esa calaña, con esos oligarcas”.

De este modo, el deseo de venganza posee dos características esenciales: un refrenamiento, una detención, por un lado, y un aplazamiento de la contrarreacción, por el otro¹². De allí que el deseo de venganza no se satisfaga nunca porque siempre, en el resentido, está presente la detención y el aplazamiento de la acción “reparadora” y “justiciera”. Por eso, el resentido es una persona amargada, envenenada¹³.

¿Cómo salva el resentido este deseo de venganza permanentemente insatisfecho?

3. EL OJO ENNEGRECIDO

El resentido, puesto frente a aquello que le resulta odioso, tiene la imperiosa necesidad de destruirlo. Frente a ese objeto que se le presenta como una continua amenaza no puede re-conocerlo, no puede tener un juicio objetivo sobre él y decir realmente lo que es y cómo es. El resentido cubre su alma con unos anteojos negros que le hacen ver al otro en completa oscuridad, en total negatividad.

Y esa presencia ya obsesiva del otro debe ser destruida. La destrucción puede efectivizarse no solo mediante la desaparición física sino a través de dos formas: la *maledicencia* y la *murmuración*.

Tomás de Aquino llama a la maledicencia *detractio*. *Detractio* es una verdadera de-nigración de la fama del otro por medio de palabras ocultas.

Si se advierte bien, la palabra *denigración* indica la acción de ennegrecer, de poner algo en negro, de oscurecer la fama del otro.

Pero también *detractio* es un quitar, un despojar, un arrebatarse. No es solo proferir palabras que ensucian, sino que tienden a quitar la buena

12. Cfr. Max Scheller. *Op. cit.*, p. 15.

13. Cfr. *ibidem*, p. 20.

fama, a crear una mala opinión en el que oye respecto de aquel de quien se habla.

Tomás de Aquino dice que la fama es lo más precioso que tiene un hombre, y que, por su falta, este se ve privado de alcanzar muchos otros bienes. Por eso, continúa, la maledicencia es grave porque quita al otro su buen nombre, y es muy cercana al homicidio porque engendra el odio al prójimo.¹⁴

Murmurar, la otra forma de destrucción del resentido, es hacer un ruido sordo, como un ‘hablar entre dientes’ y en voz baja, como un insinuar de manera oculta. El murmurador tiene una lengua de víbora porque profiere palabras claras, pero las pronuncia de un modo insinuante. Así como el maledicente se propone oscurecer o destruir la fama del prójimo, el murmurador intenta quebrar el afecto, sembrar la discordia entre los amigos.

Tomás de Aquino distingue la *murmuración* de la *detracción*. El murmurador, dice Tomás, en cuanto que habla mal de otro, incurre en difamación; pero difiere del detractor porque no se propone directamente decir algo malo de otro, sino difundir todo aquello que pueda exacerbar los ánimos de una persona contra otra. Incluso cuando lo que diga sea verdaderamente bueno y, por el contrario, aparentemente malo por cuanto desagrada a quien se lo dice.¹⁵

Observemos, contrariamente a lo que podamos pensar, que tanto el que se dedica a murmurar como el que oye, dejan de tener paz. Ambos quedan sin sosiego. El murmurador no se detiene: pasará de una habladuría a otra, y así de modo indefinido. *Estará siempre agitado, desolado.*

El libro del *Eclesiástico*, en el capítulo 28, versículo 20, dice: “El que escucha (la lengua del tercero) no tendrá sosiego, ni tampoco encontrará un amigo en quien consolarse”. Para el aislado y murmurante, afirma el filósofo Caturelli, el infierno ya está aquí, en la misma tierra. Lo lleva consigo. El Infierno, para él, son los demás.¹⁶

Pensemos qué sucede cuando estos malos sentimientos que acabamos de describir se instalan en un hombre o en una comunidad. ¿Qué

14. Cfr. *Suma Teológica*, II-II, q. 73, a. 2.

15. Cfr. *Suma Teológica*, II-II, q. 74, a 1.

16. Cfr. Alberto Caturelli. *Tántalo. De lo negativo en el hombre*. Córdoba, Ediciones Assandri, 1960, p. 186.

destino les espera? El futuro no será sino absolutamente negro porque el infierno mismo ha descendido a la tierra. Y este infierno se reflejará en la dis-cordia, en el enfrentamiento, en la lucha fratricida, en la guerra de todos contra todos.

La falta de paz, de sosiego y la soledad más absoluta serán sus últimos resultados.

4. EL RESENTIMIENTO REVOLUCIONARIO

Tanto el revolucionario como el gnóstico están resentidos con el mundo. No les satisface en absoluto la realidad que les toca vivir: están convencido que las dificultades de su situación deben atribuirse a la estructura intrínseca del mundo que es deficiente. Por eso mismo, deben erradicar el mal. Este cambio radical del mundo, claro está, no dependerá de una acción sobrenatural sino de sus propias fuerzas.¹⁷

Una de las características del revolucionario, junto a las de su fuerte pasión religiosa y obsesión por el poder, es el resentimiento. Señala Luciano Pellicani que el resentimiento es la clave para comprender los rasgos específicos del *pathos* revolucionario. Y añade que la esencia de la política del resentimiento consiste, sobre todo, en *no querer dialogar con el otro* y, por eso mismo, en buscar de diversos modos golpearlo y humillarlo.

Cuando esta posición se torna dominante dentro de una sociedad política se desata la guerra. La causa del resentimiento es siempre la misma: un doloroso sentimiento de no ser tratado según las expectativas legítimas. Además, el acompañamiento de cotidianas frustraciones que generan una propensión a la agresión y a la violencia. Refiere Pellicani: "... el hombre de resentimiento es ciego ante la evidencia y obstinado en querer negar los hechos que contradigan su crítica rencorosa. Él vuelve las espaldas a todo aquello que podría amenazar su convicción profunda o paralizar su acción corrosiva... Un hombre tal está en capacidad de ver aspectos de la realidad que escapan a los otros pero, al mismo tiempo, es incapaz de tomar en consideración cualquier tipo de objeción y de crítica racional."¹⁸

17. Cfr. Eric Voegelin, *Il mito del mondo nuovo. Saggi sui movimenti rivoluzionari contemporanei*. Milano, Rusconi, 1970, pp. 26–27.

18. *Ibidem*, p. 110.

Como podemos advertir, no ha existido ni puede existir nación en el mundo que pueda edificarse teniendo como principio un espíritu revolucionario configurado desde el mismo resentimiento. Los pueblos que pretenden transitar por este andarivel vivirán de fracaso en fracaso, de disolución en disolución, de un deslizamiento sin fin en la abyección de lo humano.

Después de haber considerado la naturaleza del resentimiento y sus no deseables consecuencias, solo nos queda pedir a Dios que aleje de nuestros espíritus este veneno letal para el alma humana y para toda forma de sociedad.